



DIA DE LA AMISTAD

PERUANO - ARGENTINA

6 DE SETIEMBRE DE 1979

Discurso de Orden Pronunciado
por el
Dr. GUSTAVO PONS MUZZO
en el Instituto
Sanmartiniano del Perú

DÍA DE LA AMISTAD PERUANO ARGENTINA,

6 DE SETIEMBRE DE 1979.

**DISCURSO DE ORDEN PRONUNCIADO POR EL
DR. GUSTAVO PONS MUZZO
EN EL INSTITUTO
SANMARTINIANO DEL PERÙ**

Lima, Lumen

Este texto se reedita en honor y recuerdo cariñoso al maestro e historiador Doctor Gustavo Pons Muzzo, mi padre. María Elsa Pons Muzzo Díaz.

(Sin fines comerciales)

**DISCURSO DE ORDEN PRONUNCIADO EN EL INSTITUTO
SANMARTINIANO DEL PERÚ, EL JUEVES 6 DE SETIEMBRE DE
1979, EN CONMEMORACION DEL 159 ANIVERSARIO DEL
DESEMBARCO DEL EJERCITO LIBERTADOR EN LA BAHIA DE
PARACAS**

Nuevamente tengo la satisfacción y el honor de ocupar la tribuna del Instituto Sanmartiniano del Perú, debido a la gentileza del señor Presidente del Instituto, Coronel Carlos de Souza Ferreyra y de los miembros de su Junta Directiva, para rendir nuestro renovado homenaje al Libertador Capitán General José de San Martín, con ocasión de conmemorarse pasado mañana el 159 aniversario de su llegada al Perú comandando la gloriosa Expedición Libertadora y el desembarco del Ejército Libertador en la Bahía de Paracas, destinados a dar cima a su pensamiento y a su obra de Libertador de América. En esta oportunidad el Instituto Sanmartiniano del Perú se honra de contar con la presencia del Excmo. Señor Contralmirante don Luis Pedro Sánchez Moreno, nuevo representante de la noble Nación Argentina que acaba de ser incorporado como Miembro de Honor del Instituto. El Excmo. Señor Embajador podrá comprobar el espontáneo sentimiento sanmartiniano que nosotros los peruanos tenemos, porque, como nación bien nacida, sabemos honrar la memoria de nuestros próceres, sin egoísmo localistas, ni nacionales, pues el Perú siempre ha sido en América desde los tiempos más remotos, una nación de clara vocación integracionista y de robusto sentimiento de solidaridad americana. Este templo cívico en que nos encontramos está dedicado a honrar la memoria del Libertador del Perú y de América y de sus colaboradores peruanos y

americanos, y su existencia es producto del esfuerzo de los sanmartinianos del Perú y especialmente de quien fuera su ilustre y recordado Presidente en varios periodos, Dr. Ricardo Cavero Egúsqiza, a quien en una oportunidad lo calificamos” el primer sanmartiniano del Perú”.

La labor de mantener vivo el sentimiento de la nacionalidad, el recuerdo de los hechos gloriosos que enaltecen y dignifican a los hombres y a los pueblos, así como la verdad histórica, es labor permanente. Por eso deseo aprovechar esta oportunidad que me brinda el Instituto Sanmartiniano del Perú, para desvirtuar la infundada versión expuesta hace menos de un mes en el vecino país del Sur por el señor Francisco Bulnes Sanfuentes de que “la expedición libertadora en el Perú fue una acción exclusivamente chilena”. Tal afirmación no reposa en la verdad histórica. Es enjuiciar con criterio muy estrecho este gran acontecimiento de la emancipación sudamericana. La guerra de la independencia hay que juzgarla como ya lo hicieron grandes historiadores, en su dimensión continental, como un movimiento solidario de los pueblos de la América para conseguir su objetivo común que era la libertad e independencia del Continente, porque ningún país podía estar seguro de su independencia, si el resto no lo estuviera. Por lo demás, la concepción de la expedición al Perú y el enlace de las revoluciones argentina y peruana fue una concepción de la Revolución de Mayo a la que dio definida concepción estratégica el genio de San Martín que fue quien la llevó al triunfo. No es nada nuevo decir que la Revolución de Mayo se fijó como meta para alcanzar su triunfo definitivo el llegar con sus banderas redentoras al bajo Perú y enlazar sus esfuerzos con la revolución peruana para destruir el poder realista en el Perú y americanizar la revolución. Tal fue la misión y el propósito de la primera expedición mandada por la Junta de Buenos Aires en 1810-11 al Alto Perú, Charcas, hoy Bolivia, al mando del General Balcarce y asesorado por el abogado Castelli, la que, como sabemos documentadamente estuvo en enlace con el movimiento peruano dirigido por don Francisco Antonio de Zela que estalló en Tacna el 20 de junio de 1811, el mismo día de la derrota de Balcarce y Castelli en Huaqui por Goyeneche. El intento argentino como sabemos se vuelve a repetir en 1813, al mandar la Junta de Buenos Aires una segunda expedición al mando del General Belgrano que invade victoriosamente el Alto Perú, pero que termina derrotado por el General

español Joaquín de la Pezuela. Esta documentalmente probado que esta expedición tuvo relación con el movimiento peruano que estalló en Huánuco en 1813, como lo ha probado la Dra. Ella Dunbar Temple en documentación publicada en la COLECCIÓN DOCUMENTAL DE LA INDEPENDENCIA DEL PERÚ. Este pensamiento de dimensión continental que resulta de una claridad meridiana, en la revolución argentina, no se encuentra ni un atisbo de su concepción en la revolución chilena, que por entonces vivía su primera etapa llamada “La Patria Vieja”. Los próceres chilenos no tenían la concepción de que, para asegurar la independencia de Chile, era necesario el aniquilamiento del formidable poder que España había concentrado en el Perú por obra del diligente Virrey don José Fernando de Abascal, ni mucho menos tenían una concepción continental del acontecimiento. La acción de su revolución fue de carácter localista, por no decir egoísta.

Fue pues sin lugar a ninguna duda, que el genio de San Martín le dio forma definida y concepción estratégica triunfante a este pensamiento inicial y fundamental de la Revolución de Mayo. Así lo dio a conocer en su tantas veces citada carta a don Nicolás Rodríguez Peña, escrita en Tucumán el 12 de marzo de 1814 cuyos conceptos esenciales es conveniente recordar en esta ocasión: “La Patria no hará camino por este lado, como no sea una guerra defensiva y nada más ... Ya he dicho a Ud. mi secreto. Un ejército pequeño y bien disciplinado en Mendoza para pasar a Chile y acabar ahí con los godos, apoyando a un gobierno de amigos sólidos para acabar con los anarquistas que reinan; aliando las fuerzas pasaremos por el mar a tomar Lima; ese es el camino y no esté mi amigo”. Este cambio en la concepción estratégica de avance de la Revolución de Mayo hacia la realización de su verdadero destino salvó a la revolución chilena derrotada en Rancagua en octubre de 1814, pues de no haber operado el cambio en la concepción estratégica concebida por San Martín. Chile habría quedado relegado y posiblemente habría sido libertado desde el Perú. San Martín salvó a Chile, lo que debe agradecerse. Por lo demás, la concepción de que Lima era la meta, la tuvo San Martín desde mucho antes y se halla implícita en el documento en que pide su baja del ejército español al que había servido durante 22 años. ¡Se acepta su pedido por tener que pasar a Lima - según se dice en este documento – “con objeto de arreglar sus intereses

perdidos! Lima ya estaba en su pensamiento cuando se decidió incorporarse a la revolución que había estallado en su patria.

Querer pues reducir la Expedición Libertadora al hecho de proporcionar unos cuantos barcos, parte del dinero y de los elementos materiales que se necesitó (lo que fue escrupulosamente pagado por el Perú) así como un sector del ejército (cuyas bajas fueron reemplazadas), es rebajar tan grandioso acontecimiento a su más estrecha concepción. Felizmente el historiador don Gonzalo Bulnes, familiar de quien ha hecho tan temerarias afirmaciones, nos dice en su obra "La Expedición Libertadora" publicada en 1887, al referirse a San Martín, lo siguiente: "Este hombre esclarecido, realizó su gran pensamiento valiéndose del concurso de la República Argentina y de Chile y cuidando de ponerse por encima de las nacionalidades para no herir los sentimientos de ninguna". Así fue en realidad. La Expedición Libertadora fue la realización del pensamiento sanmartiniano, cimentado en el pensamiento de la Revolución de Mayo, realizado con la colaboración de su propio país, de Chile y del pueblo peruano que aportó todo lo que pudo para que la Expedición se realizara. Esta fuera de toda duda que, si San Martín se aventuró a desembarcar en el más poderoso Virreinato de España en América, defendido por más de 20,000 hombres bien armados, con algo más de 4,000, es porque estaba convencido de la gran ayuda que le proporcionaría el pueblo peruano, como así fue en realidad.

Conveniente es también dejar aclarado otros puntos polémicos con respecto a la Expedición Libertadora que pueden confundir a algunos. Sabemos que en 1820 San Martín regresó de Mendoza a Chile, decidido a no intervenir en la anarquía a la que por entonces lamentablemente ingresaban las Provincias Unidas del Río de La Plata, porque la misión que se había impuesto era la de no intervenir en la política interna sino poner su espada al servicio de la libertad del Continente y acabar con el poder realista que se concentraba en el Virreinato del Perú, llevando en sus banderas libertarias los principios redentores de la Revolución de Mayo. Conocida es la negativa de San Martín a trasladarse a Buenos Aires con su ejército para sostener el gobierno del General Rondeau. Conocida es también la actitud de San Martín tomada el 26 de marzo de 1820, estando en Chile, cuando consideró que su nombramiento como General en Jefe del Ejército de los Andes había caducado por no existir gobierno constituido en

las Provincias Unidas que era el que se lo había conferido, y pidió a los demás jefes y oficiales del Ejército de los Andes que nombrasen un nuevo jefe. Conocida es también la decisión tomada por los dichos jefes y oficiales del Ejército en la ciudad de Rancagua, el 2 de abril de dicho año al sostener por unanimidad que el nombramiento de San Martín emanado del Supremo Gobierno de las Provincias Unidas no había caducado y que por tanto ese nombramiento como General en Jefe del Ejército de los Andes para hacer la guerra a los españoles tenía plena validez. Esta decisión de los jefes y oficiales del Ejército de los Andes confirmó rotundamente que dicho ejército argentino seguía existiendo -aunque el gobierno no existiese – y que existía como expresión de la nación argentina y de los ideales de la Revolución de Mayo en sus proyecciones continentales. Y este Ejército de los Andes era el motor y el nervio de la Expedición Libertadora y le señalaba su verdadera forma y misión en América, no pudiéndose de ninguna manera desconocer, por tanto, el origen y el fundamento argentino que tenía la Expedición Libertadora. No es cierto pues que fuere exclusivamente chilena.

Otro asunto interesante que conviene puntualizar es el de la bandera con que llegó la Expedición Libertadora. Sabemos que en los buques se enarboló la bandera chilena y que San Martín aceptó que viniera con dicha bandera no por acuerdo cordial con el Director Supremo de Chile don Bernardo O'Higgins, sino por un acto de sorpresa como lo dice don Gonzalo Bulnes en su citada obra "La Expedición Libertadora". Nos dice Bulnes que los altos dirigentes del gobierno chileno estaban preocupados por saber con qué bandera viajaría la Expedición y que: "El misterio se rasgó -dice- en una de las reuniones celebradas entre los vecinos más importantes de la capital con el General y el Director para arbitrar los recursos de la partida. San Martín solicitó nuevos auxilios y entonces don José Gaspar Marín, abordando de frente la gravísima preocupación de la concurrencia, lo interrogó directamente diciéndole: ¿Bajo qué bandera marchará la expedición? **Turbado San Martín con aquel ataque de frente**, -prosigue el historiador chileno- se limitó a contestarle: "Con la chilena señor Marín".

También se dice que San Martín llegó al Perú comandando la Expedición Libertadora con instrucciones precisas del gobierno de Chile y que luego las incumplió. También esto es inexacto. Sabemos que el Senado chileno aprobó

el 23 de junio de 1820 un pliego de instrucciones en 25 artículos y también que el gobierno chileno nombrase un representante suyo para que viajara al lado de San Martín. Pero el Director Supremo de Chile don Bernardo O'Higgins, gran amigo de San Martín, convencido de la calidad moral del gran prócer, prescindió de dichas instrucciones y de dicho acuerdo y no se las transmitió a San Martín, ni nombró personero alguno. El mismo Gonzalo Bulnes lo confirma cuando se pronuncia de la siguiente manera: "Es el hecho de que San Martín salió de Valparaíso sin instrucciones y las que se conocen con ese nombre carecen de valor como documento histórico. Lejos de trabar su acción de ningún modo, el Director O'Higgins le concedió la plenitud de las facultades militares y políticas y cortó en su obsequio los débiles lazos con que la ordenanza limitaba las facultades de un general en jefe". Tuvo razón San Martín en protestar cuando en el diario "El Correo Mercantil de Lima", el Ministro plenipotenciario de Chile publicó estas instrucciones. San Martín en carta desde Mendoza el 1° de junio de 1823, protesta "no haber recibido ni estas ni ningún otro género del gobierno de Chile, ni de las Provincias Unidas".

Vencidos muchos obstáculos y con la innegable colaboración de los patriotas peruanos, la Expedición Libertadora al mando del Capitán General José de San Martín, salió de Valparaíso el domingo 20 de agosto de 1820, día del natalicio de O'Higgins y en la tarde del 7 de setiembre se encontró ingresando a la bahía de Paracas por el canal que existe entre la Península y la Isla de San Gallán, uno de los sitios señalados por los patriotas peruanos como de los más apropiados para realizar el desembarco y escogido personalmente por San Martín. En la mañana del viernes 8 de setiembre desembarcó en las playas de dicha bahía de Paracas, cerca del puerto y pueblo de Pisco, el Ejército Libertador, sentando planta en el poderoso Virreinato que, en poder del Rey de España, mantenía en jaque y dividía a las fuerzas libertadoras de América del Sur.

Sobre el nombre de esta bahía a veces se nota confusión en los libros de historia y geografía, al decir que la Bahía de Paracas fue llamada desde entonces "Bahía de la Independencia", lo que no es exacto. Tal afirmación aparece erróneamente en la obra "Historia del Perú bajo los Borbones" por don Sebastián Lorente, obra editada en Lima en 1871 y también en la meritísima obra del

General Carlos Dellepiane “Historia Militar del Perú”, tomo I, de las que muchos han copiado. Pero desde el primer mapa del Perú republicano levantado por don Mariano Felipe Paz Soldán y editado en París en 1865, pasando por el gran mapa de don Antonio Raimondi hasta llegar a los actuales, así como en el Diccionario Geográfico Estadístico de Paz Soldán, editado en Lima en 1875, luego en el de Stiglich y otros, la bahía de la Independencia se encuentra ubicada al sur de la Península de Paracas. En su Diccionario Paz Soldán después de dar las coordenadas geográficas de la bahía de la Independencia dice: “El General San Martín llegó a esta bahía con la Expedición Libertadora el 7 de setiembre de 1820 y un día después desembarcó en Paracas”.

La llegada de la Expedición, el desembarco del Ejército Libertador y la ocupación de Pisco y alrededores sorprendió al Virrey don José Joaquín de la Pezuela. Aunque estaba perfectamente informado de la preparación de la Expedición no la esperaba por el momento ni menos por el sitio en que lo hizo. El Coronel Manuel Quimper que estaba destacado en Pisco con 400 hombres, le informó en parte remitido en la tarde del 7 de setiembre que: “Son las cinco y media de la tarde, hora en que se me presentan a la vista como diez velas entre grandes y pequeñas por el Boquerón de San Gallán y sin duda alguna creo sea la expedición insurgente tan decantada”. Al día siguiente le informa a las diez de la mañana, que existen fondeados en la ensenada de Paracas diez y seis buques de todos los portes, y luego que a eso de las doce del día había empezado el desembarco en la zona de la Puntilla, siendo cuatro las columnas que se habían puesto en marcha. Relatando otros hechos le dice: “A ese tiempo que serían las tres de la tarde, comenzó la Isabel a hacer salva, que correspondieron los demás buques lo que me indicó serían honores al General que desembarcaba; pues a poco se me dio parte de ser cinco las columnas que marchaban uniformadas de blanco, encarnado y azul”. Finalmente le decía: “Creo que no me excedo en asegurar a V.E. que no pueden pasar de 4000 hombres”. En el momento en que la noticia del desembarco llegó a Lima, el Virrey Pezuela se encontraba en el Teatro Principal de Lima espectando una comedia y según una anécdota recogida por don Benjamín Vicuña Mackenna en su obra “La Revolución de la Independencia del Perú”, cuando un edecán se presentó precipitadamente en el Teatro y le anunció el desembarco de San

Martín con el Ejército Libertado en Pisco. Pezuela, levantándose al punto, con una sonrisa entre melancólica festiva, se dirigió a los circunstantes, y como una reminiscencia de la costumbre que existe en España de beneficiar puercos por la fiesta de San Martín, dijoles al salir. “Vamos señores, a cada cochino gordo le toca su San Martín”.

San Martín ha sido duramente criticado por muchos historiadores por la pasividad militar que tuvo en el Perú. Se le acusa de no haber querido librar ninguna batalla contra las fuerzas del Virrey, lo que desconcertaba hasta sus propios subordinados, ya que nunca había conocido la derrota en los campos de América, pues siempre había ganado batallas en su propia patria y en Chile. Se la acusa de haberse mantenido estacionario en Huaura, cuando bien pudo atacar la capital y haber entrado en ella mucho antes del mes de julio de 1821. Se le acusa de haber ordenado al General Álvarez de Arenales no atacar a las fuerzas de Canterac y del Virrey cuando salieron de Lima en dirección a la sierra, contando como contaba Arenales con un ejército de más de cuatro mil hombres que dominaba ampliamente la sierra central, así como con la ayuda de las guerrillas y el ambiente favorable de la población a la causa patriótica. Se le acusa de no haber batido a Canterac, cuando a principios de setiembre de 1821, bajo de la sierra para auxiliar a las fuerzas realistas que el Virrey había dejado en las Fortalezas del Callao al mando del Mariscal de Campo José de la Mar. En aquella oportunidad el pueblo de Lima vivió un ambiente de excitante patriotismo y se dispuso a defender con sus vidas la capital en cuya plaza principal se había proclamado la Independencia del Perú hacia poco más de un mes. En aquellos momentos de tremenda algarabía popular, el pueblo de Lima cantaba la canción patriótica compuesta espontáneamente por José Bernardo Alcedo y José de la Torre Ugarte y adoptada entusiastamente por el pueblo de Lima sin decreto alguno que la oficializara, y cuya sexta estrofa estamos cantando en la actualidad y no la apócrifa que se ha estado cantando mucho tiempo. San Martín en aquella oportunidad salió fuera de las murallas de Lima, hacia el oeste al mando del ejército y seguido por innumerables voluntarios limeños deseosos de combatir, y contempló imperturbable, con pasividad que rayaba en la desesperación popular de Cochrane y otros jefes, como Canterac desfilaba al frente de su ejército por los campos de Santa Beatriz en dirección al

Callao, sin ser molestado. Solo dio orden de evitar que socorriera a los sitiados en la Fortaleza del Real Felipe y que se le hostilizara cuando vadeó el Rímac y tomó el camino de la sierra por la quebrada del río Chillón y Canta. Esta decisión de San Martín le fue fatal, porque perdió gran parte de la enorme popularidad que contaba en Lima, testificada entre otros, por el prócer de nuestra independencia y liberal republicano don Francisco Javier Mariátegui quien en sus memorias dice: “Yo he visto y lo vieron millares de testigos, que San Martín no podía atravesar las calles por el gentío inmenso que le rodeaba y señoras quitarse ricos pañolones para que sobre ellos pasase San Martín”. Aunque a fin de este mes hubo un repunte de su popularidad con la caída de los Castillos del Callao en su poder, después indiscutiblemente vino el descenso de su popularidad y se le acusó de querer prolongar la guerra innecesariamente para perpetuarse en el mando. Es cierto que San Martín pudo haber dado más de una batalla en el Perú, con muy buenas probabilidades de vencer: no lo es en cuanto se le acusa de haber querido prolongar la guerra para perpetuarse en el mando, pues lo demostró en los hechos, que él nunca ambicionó el poder, y además se esforzó en terminar la guerra por consenso con los españoles, como lo veremos a continuación.

La inactividad militar de San Martín en el Perú es asunto que los historiadores no han encontrado clara explicación y algunos de ellos con ligereza en el juicio, consideran que fue porque San Martín se dejó ganar por el ambiente cortesano y sensual de Lima. Esta explicación no tiene fundamento en un hombre de tan recia personalidad y firme voluntad como San Martín. La explicación se encuentra cuando se estudia con detención lo que ocurrió desde que San Martín fue invitado por el Virrey Pezuela a las conferencias que se realizaron en el pueblo de Miraflores, cercano a la capital por el sur, en setiembre de 1820, con el objeto de encontrar un medio de entendimiento que evitara la guerra e hiciera posible un advenimiento amistoso entre los beligerantes.

Esta invitación se renovó cuando San Martín se encontraba en su cuartel general en Huaura, realizándose en esta oportunidad las conferencias en la hacienda de Punchauca, entre el 4 de mayo y el 2 de junio de 1821, conferencias que luego se continuaron en el pueblo de Miraflores (8-18 de junio); a bordo de la Fragata “Cleopatra” surta en el Callao (20 de junio-12 de julio); en el Palacio

de Gobierno de Lima una vez que San Martín ocupó Lima proclamó la independencia (19 de julio-28 de agosto) y finalmente en el Callao (30 de agosto-1° de setiembre). Las negociaciones con algunos jefes realistas y el Virrey La Serna, continuaron después de setiembre de 1821 aunque con mucha lentitud, empeñándose San Martín hasta casi el final de su gobierno Protectoral, en encontrar un medio de advenimiento pacífico que diera término a la guerra y obtuviese el reconocimiento de la independencia por el gobierno español. Pero los Virreyes Pezuela primero y La Serna después, junto con la mayoría de Generales españoles, fueron inflexibles en el cumplimiento de las instrucciones llegadas del gobierno de Madrid, que les mandaban entrar en negociaciones con los revolucionarios ofreciéndoles la jura de la Constitución Liberal de 1812, derogada por el Rey Fernando en 1816 cuando restauró el absolutismo en España y América, y puesta nuevamente en vigencia en 1820; la suspensión de las hostilidades y luego el envío de delegados a España. San Martín solicitaba el reconocimiento de la independencia como condición fundamental para un acuerdo.

En las conferencias de Miraflores, como sabemos, los delegados de San Martín Coronel Tomás Guido y señor Juan García del Río hicieron conocer a los delegados del Virrey, cuando surgieron puntos de vista diametralmente opuestos, que “ACASO NO SERIA DIFICIL HALLAR UN MEDIO DE ADVENIMIENTO AMISTOSO, en que pudieron detenerse ambas partes y que las uniesen consolidando la paz y felicidad de todos”. Pocos días después, el 30 de setiembre, los delegados de San Martín fueron recibidos por el Virrey Pezuela en su casa de campo en la Magdalena Vieja hoy sede del Museo Nacional de Historia y ahí formalmente le propusieron la formación de una monarquía constitucional en el Perú independiente, con un príncipe de la casa reinante Española. El Virrey, sorprendido, no aceptó la propuesta por exceder a sus facultades. Las negociaciones se dieron por terminadas, así como el armisticio pactado.

Por lo ofrecido al Virrey en estas negociaciones, así como por lo ofrecido en Punchauca. San Martín ha sido acusado, con mucha ligereza de contradecir las finalidades de la revolución emancipadoras. Podemos decir con toda serenidad, que la imputación no es justa. En el manifiesto que lanzó en Pisco

en 13 de octubre explicando lo ocurrido en esa negociación, afirmó terminantemente que su misión era la de asegurar la independencia de América y la paz del Continente. Que aceptó la invitación del Virrey porque “no busco el campo de batalla -dijo- sino cuando es preciso pasar por él para llegar al templo de la paz”. Aseguraba que la base de la negociación había sido el **“establecimiento de un gobierno propio, y su uniformidad con el sistema constitucional adoptado hoy en todo el mundo civilizado”**, con lo que demostraba una vez más la pureza de sus intenciones y la claridad de su pensamiento político. Lograr la independencia y establecer un gobierno constitucional adecuado a la realidad del país, en el que se respetasen los derechos y obligaciones de gobernantes y gobernados. Dijo que él esperaba que el Virrey de Lima no malograra esa brillante oportunidad de cerrar la época de la revolución “y aun de establecer la armonía entre España y América por medio de amigables relaciones, que levantasen una eterna barrera contra la manía de dominar y la necesidad de aborrecer”. Pero que tres siglos de dominación habían cegado todos los caminos de unir la América a España. Que había terminantemente rechazado la invitación para que se jurase la Constitución española y que sus delegados fueron autorizados a negociar siempre que no se contradijesen los principios que los gobiernos libres de América habían establecido como regla invariable. Terminaba este bello documento ofreciendo solemnemente a los pueblos del Perú “que el día que el Perú pronuncie libremente su voluntad sobre las instituciones que deban regirlo, cualquiera que ellas sean, cesarán de hecho mis funciones”, lo que cumplió religiosamente y en que revelaba que su intención no era imponer por la fuerza la solución que creía más conveniente, la de la monarquía constitucional, manteniendo la vinculación con la nación española. La solución la daría finalmente el propio pueblo, pues él solamente señalaba el camino más apropiado.

Encontrándose el Ejército Libertador ocupando el valle de Huaura, al norte de Lima, ocurrió un insólito hecho de carácter político-militar en el campo realista que tuvo decisiva importancia en las posteriores gestiones que tuvieron lugar para llegar a un acuerdo pacífico. Fue el pronunciamiento de los altos jefes del ejército virreinal reunidos en el campamento de Aznapuquio, cercano a Lima por

el norte, bajo la directa instigación de los Generales Valdés y Canterac y con la complicidad del General La Serna. En la mañana del 29 de enero de 1821, después de varios días de secretas gestiones, firmaron una petición dirigida al Virrey Pezuela responsabilizándolo de no haber podido contrarrestar la acción triunfante de San Martín y no haber sabido mantener su autoridad en el Virreinato para mantenerlo para la monarquía. “Los que suscriben -terminaban diciendo- no ven otro medio para cumplir todos estos objetos, para **conservar a la nación de estos países y dejar bien puesto el honor nacional**, que el que V.E. deposite en otras manos el gobierno del país que en las suyas está perdido”.

La sublevación de Aznapuquio que encumbró a La Serna como último Virrey del Perú, fue un duro golpe para las gestiones diplomáticas que realizaba San Martín y Pezuela, quienes después de Miraflores habían mantenido una respetuosa y cordial correspondencia con el pretexto de cambio de prisioneros. Significa Aznapuquio el triunfo de la posición afirmativa y beligerante del ejército virreinal, que asume la responsabilidad del gobierno del Virreinato, así como la defensa armada del mismo para conservarlo para España comprometiendo el honor de los sublevados. Todo intento de San Martín de obtener de estos jefes el reconocimiento de la independencia, se estrellaría contra la obstinación de Valdés, principalmente, luego de Rodil, Camba, Loriga, Canterac entre otros.

Estando San Martín en Huaura agobiado por la epidemia que diezmaba su ejército, pero haciendo evidentes progresos en la marcha de la opinión pública en toda la parte central y norte del Perú, y estrechando cada vez más el cerco a Lima, llegó al cuartel general en Huaura el Comisionado Regio don Manuel Abreu, en misión de paz del gobierno español. Abreu fue cordial y entusiastamente recibido por San Martín y después de muy satisfactorias conversaciones, en que quedo muy bien impresionado de la nobleza de propósitos del Gran Capitán General, Abreu llegó a Lima, en donde fue recibido con frialdad por el Virrey y los generales españoles por el elogio que hizo de San Martín y otras causas. El Comisionado Regio de acuerdo a sus instrucciones hizo que el Virrey constituyera una **Junta de Pacificación** presidida por el mismo La Serna, suspendiera su plan de evacuar Lima e invitase a San Martín a entrar en negociaciones. San Martín desde luego, aceptó las negociaciones, y los delegados de San Martín y del Virrey como Presidente de la Junta de

Pacificación se reunieron en la casa-hacienda de Punchauca desde el 4 de mayo, proponiéndose por ambas partes diversas soluciones y gestionándose un armisticio definitivo de 16 meses mientras delegados de ambos personajes, o ellos mismos, fueran a Espala a arreglar la situación, acordándose mientras tanto un armisticio temporal de 20 días. Pero lo interesante de estas conferencias de Punchauca, fue la reunión que tuvieron La Serna y San Martín en la dicha casa-hacienda el 2 de junio, la que fue sumamente cordial y en la comida que siguió abundaron los brindis por la paz y la fraternidad entre España y América, así como por la próxima terminación de la guerra. En la conversación que tuvieron San Martín y La Serna con los miembros de las respectivas comitivas, según el General Tomás Guido, uno de los delegados, versión que está confirmada por otros documentos, San Martín le dijo al Virrey que “los liberales del mundo son hermanos en todas partes”, que “Los comisionados de V.E. entendiéndose lealmente con los míos, han arribados a convenir que la independencia del Perú no es irreconciliable con los más grandes propósitos de España”. Elogió el valor del ejército español y le dijo que “los bravos que Ud. manda comprenderán servir mejor a la humanidad y a su país, si en vez de efímeras ventajas, pueden ofrecerle emporios de comercio, relaciones fecundas y la concordia permanente entre hombres de la misma raza, que hablan la misma lengua y sienten con igual entusiasmo el generoso deseo de ser libres”. Luego haciéndole una formal propuesta de solución le dijo:

Si V.E. se presta a la cesación de una lucha estéril y enlaza sus pabellones con los nuestros para proclamar la independencia del Perú, se constituirá un gobierno provisional presidido por V.E. compuesto de dos miembros más de los cuales V.E. nombrará uno y yo el otro; los ejércitos se abrazarán sobre el campo; V.E. responderá de su honor y su disciplina, y yo marcharé a la península si necesario fuere, a manifestar el alcance de esta resolución, dejando a salvo en todo caso hasta los últimos ápices de la honra militar y demostrando los beneficios para la misma España de un sistema que, en armonía con los intereses dinásticos de la casa reinante, fuese conciliable con el voto fundamental de la América independiente”.

Refiere Guido que La Serna, sus diputados y los jefes españoles escucharon las palabras de San Martín con signos inequívocos de

contentamiento y calurosa aprobación, pero que el Virrey, actuando con gran discreción, habló para decir que aplazaba por el momento tomar en negocio de tanta trascendencia una resolución definitiva, ofreciendo hacerlo en el corto plazo de dos días. A los dos días recibió San Martín la respuesta del Virrey desechando la propuesta, pues le hizo saber que los jefes de su ejército “de modo alguno se prestan a reconocer la independencia sin dar antes el plazo preliminar de anunciarlos al gobierno nacional”, haciéndole otra proposición de solución temporal, pero sin reconocer la independencia, mientras se enviaban comisionados a Madrid, lo que no fue aceptado por San Martín. Fue pues la opinión mayoritaria de los jefes del ejército virreinal, principalmente Valdés, Canterac, Camba, Rodil, Loriga, entre otros que decidió la suerte del Perú en esos momentos, pues San Martín se había ganado la opinión del Comisionado Regio Manuel Abreu, de los otros delegados del Virrey a la Junta de Pacificación y del propio La Serna. Los patriotas limeños por su parte habían ganados la opinión de las corporaciones representativas del vecindario. Esta opinión mayoritaria de los generales españoles, basados en un rígido concepto del honor y del deber que tenía su fundamento en el alzamiento de Aznapuquio, fue lo que impidió a La Serna dar el paso definitivo en favor del Perú y de España. Los generales españoles salvaron su honor, pero comprometieron el porvenir del Perú y de su patria. San Martín se arriesgó a comprometer su honor, seguro de que servía conscientemente, los supremos intereses el Perú y de América.

Terminado el armisticio temporal pactado, no terminaron las negociaciones entre los delegados de la Junta de Pacificación y los de San Martín. Las conferencias continuaron como hemos dicho en el pueblo de Miraflores, entre el 8 y el 18 de junio. Luego a partir del 20 de ese mes a bordo de la fragata neutral “Cleopatra” surta en el Callao. Mientras tanto el Virrey se preparaba para desocupar la capital, enviando primero gran parte de sus fuerzas camino de la sierra al mando del general Canterac y luego él mismo lo hizo con las restantes y las autoridades en la madrugada del del 6 de julio de ese año de 1821, lo que fue comunicado a los miembros de la Junta de Pacificación que se encontraba en la “Cleopatra”. Luego las reuniones continuaron en el palacio de gobierno en Lima, entre los delegados de San Martín y los miembros de la Junta de Pacificación, entre el 19 de julio y el 28 de agosto.

Aquí encontramos la explicación de porqué San Martín decidió de Arenales no atacara en la sierra central a las tropas de Canterac y La Serna que se retiraban en no buenas condiciones, y porqué le ordenó que se replegara a Lima, pues no quería cerrar definitivamente la puerta de las negociaciones. Entre fines de agosto y principios de setiembre, los miembros de la Junta de Pacificación solicitaron permiso a San Martín para trasladarse al Callao a conferenciar con el Mariscal La Mar, dejado por el Virrey al frente de 2,000 soldados realistas y muy buena cantidad de armamento. Pero en la noche del 2 de setiembre, San Martín y el pueblo de Lima recibieron noticias de las guerrillas patriotas en la sierra que Canterac avanzaba sobre Lima con sus reorganizadas tropas, ya fuera para atacar la capital o por lo menos para socorrer a los sitiados en las fortalezas del Callao. Ya nos hemos referido al entusiasmo patriótico del pueblo de Lima y que San Martín salió fuera de las murallas de la capital al frente del ejército, pero no atacó a Canterac, estando en magnificas condiciones para hacerlo. Era que no quería malograr las negociaciones y sobre todo porque con Canterac mantenía correspondencia en favor de un advenimiento pacífico y el General español se mostraba en gran parte de acuerdo con ello, aunque había el escollo del reconocimiento de la independencia. Las negociaciones con la Junta de Pacificación se suspendieron, pero San Martín entró directamente en negociaciones con el Mariscal La Mar, las que dieron por resultado la capitulación de La Mar el 19 de setiembre a las ocho y media de la noche, y la entrega de los castillos el día 21 a las 10 de la mañana. Este acontecimiento fue jubilosamente celebrado durante varios días por el pueblo de Lima y marcó el punto culminante de la popularidad de San Martín en el Perú. El gran prócer sobrevaloró el acontecimiento porque creyó que con ello se acercaba el entendimiento definitivo con el Virrey y le escribió entusiasmado a su amigo don Bernardo O'Higgins el día 23 lo siguiente: "Compañero y amigo amado: el fin de nuestros desvelos han sido recompensados con los santos fines de ver asegurada la independencia de la América del Sur. El Perú es libre, pues el único ejército en que podían confiar es desecho. Es incalculable lo que hemos hallado en el Callao: en el sólo ramo de artillería, pasan de ochocientos cañones de todo calibre. En conclusión, ya veo el término a mi vida pública y voy a tratar de entregar esta pesada carga a manos seguras y retirarme a un rincón a vivir como hombre".

San Martín después de este acontecimiento en el Callao y sin haber terminado las funciones de la Junta de Pacificación, continuó sus gestiones ante el Virrey y algunos generales españoles. Consta documentalmente, hemos dicho, que sostuvo correspondencia con Canterac. Inicialmente Bulnes no trae unas supuestas cartas cursadas entre Canterac y Monteagudo en mayo de ese año, en que el general español se muestra partidario de una solución pacífica, aunque reconoce que no están facultados para reconocer la independencia. En el Archivo San Martín se dan a conocer dos cartas de Canterac a San Martín fechadas en Concepción (Sierra central del Perú) el 20 de diciembre de 1821, en contestación a otras escritas ese mes por el Protector. En el Archivo O'Higgins se da a conocer el fragmento de una carta escrita por San Martín a O'Higgins, el 31 de diciembre de 1821, y publicada por Vicuña Mackenna, en que el Protector le dice que espera los resultados de una negociación que ha entablado con Canterac; que, si ella se verifica, la guerra del Perú es concluida. Pero el gran escollo que fue imposible vencer fue la negativa de Valdés y otros generales españoles que consideraban que el reconocimiento de la independencia era contrario a sus deberes y a su honor.

Estando San Martín casi al final de su gobierno Protectoral con fecha 14 de julio de 1822, se dirige al Virrey La Serna anunciándole que se embarca para sus conferencias con Bolívar y le envía nuevas proposiciones de paz en 14 artículos, pero insistiendo en el primero de que “La nación española y a su nombre el ejército real, reconocerá la independencia del Perú”. Le dice que el acuerdo a que se llegare deberá ser ratificado por el congreso peruano próximo a instalarse. El Virrey le contesta desde el Cusco, el 8 de agosto, haciendo protestas de paz, pero que su obligación le conduce a luchar, y le dice: Es consiguiente la imposibilidad en que me hallo de admitir las proposiciones que V.E se sirve hacerme; pues siendo el primer artículo de ella reconocer la independencia para lo cual de ningún modo estoy autorizado es claro que no pueden tener lugar los demás, y aseguro a V.E. que esto me es bien sensible”. De regreso de Guayaquil se dirigió por última vez al Virrey, el 10 de setiembre, insistiendo en sus deseos de paz y censurando a los que, oponiéndose a la opinión generalizada de los pueblos, negaban el reconocimiento de la independencia y preferían continuar con la guerra, aumentando odios y rencores.

“Este es el término de mis aspiraciones -concluye diciendo- y el último extremo de mi ambición; y para lograrlo, podré pronto en manos del Congreso, el gobierno que el impero de las circunstancias me hizo aceptar, por creerlo conveniente”.

El notable biógrafo de San Martín, don Bartolomé Mitre, tiene razón cuando dice que las conferencias de Punchauca condujeron a San Martín a un callejón sin salida. En realidad, así fue, pero queda a salvo la nobleza de propósitos que lo alentaba, la sinceridad de su pensamiento y la exactitud de su visión política. Don Mariano Felipe Paz Soldán, el primer historiador republicano, en notable “Historia del Perú Independiente” aparecida en Lima en 1868, nos dice que, si bien San Martín auspiciaba estas ideas monárquico-constitucionales, fue demasiado grande, para nunca haber pretendido ser rey. “Su verdadero mérito consiste -continúa- en haber solicitado establecer un sistema de gobierno en el cual no se reservaba ninguna parte, a pesar de la elevada situación que había adquirido por sus cualidades, por su crédito y por sus servicios a la causa de América”. No queda la menor duda que hubiera sido provechoso para España y para América, que la guerra de la independencia en el Perú hubiese terminado cuando San Martín lo propuso en Miraflores y en Punchauca. Primeramente, se hubiese evitado más de tres años de cruentas acciones de guerra que se sucedieron hasta la victoria de Ayacucho, que bien podríamos hacer avanzar hasta enero de 1826 con la segunda capitulación del Callao por Rodil. Estas acciones de guerra no hicieron sino aumentar los sufrimientos de pueblos hermanos y aumentar los odios entre ellos, lo que San Martín quería evitar. Acciones lamentables como la masacre y el arrasamiento de pueblos como la cometida por Carratalá en Cangallo y otros lugares, así como por otros oficiales y jefes españoles, no hicieron sino aumentar el distanciamiento con la Madre Patria que duro varios lustros a lo largo del siglo XIX, y que es motivo de crítica permanente para los que quieren hacer ondear la bandera de la leyenda negra de la obra de Espala en América. Se hubiera evitado rivalidades y resentimientos ente pueblos hermanos de la misma América, como cuando ocurrió la dura dictadura de Bolívar en circunstancias derivadas de la guerra. Al final el resultado fue el mismo: la obtención de la independencia política de España. El establecimiento de una monarquía constitucional con un príncipe de la casa reinante de España en el Perú independiente indudablemente habría sido

favorable al Perú y a España, ahorrándose en el Perú largos años de anarquía, dictaduras y desgobierno y manteniéndose intactos los vínculos de la hispanidad. Al fin se hubiera impuesto la república que estaba en el orden natural de los acontecimientos, pero imponer esta solución sin tener las condiciones necesarias, la dura experiencia vivida nos dice que fue prematura la implantación de tan dignificante ideal. Por lo demás cabe recordar que no era nueva en el movimiento emancipador sudamericano la fórmula monárquica. Sabemos que surgió esta solución en el movimiento emancipador del Río de la Plata, cómo fue acogida por la revolución chilena y cómo también fue considerada en el movimiento emancipador del norte, pues esta documentalmente probado que Bolívar se daba cuenta que la república liberal no era la mejor solución política para estos pueblos de América española, y que era partidario de la monarquía constitucional bajo el modelo inglés, pero al final se decidió por implantar la república conservadora con presidente vitalicio. No es cierto que la república fuera la única forma de gobierno democrático. También lo es la monarquía constitucional. Pero lo cierto es que la mayoría de los líderes políticos criollos inspirados unos en un sincero pero impracticable ideal, o en mezquinas ambiciones de otros, impusieron al pueblo la república liberal como la solución más en armonía con su libertad y sus derechos. En fin, de cuentas, sólo los pueblos son responsables de su destino. Si se equivocan, ellos sufren las consecuencias.

Para terminar esta disertación, con la venia del distinguido auditorio, deseo transmitirles las palabras con que el Ministro de Hacienda del Perú, señor Manuel del Río, inicia su memoria presentada al Congreso Nacional en 1848, gobernando el Perú el Mariscal Ramón Castilla, gran amigo de San Martín. Decía el señor del Río:

“La fuente principal de que ha nacido y nace diariamente el número de las dificultades que retardan tanto para el Perú, como para las demás repúblicas Hispano-americanas, los progresos de la grande obra de constituirse, es seguramente la complicación que resultó de la necesidad de gobernare por sí mismas y de verificarlo bajo las formas enteramente nuevas del sistema representativo. La América del Norte estaba familiarizada con ellos: le eran hábitos que se confundían con su existencia; así cuando se convirtió en

independiente ningún embarazo pudo hallar en la continuación de prácticas que le eran conocidas, y en las que tenía la maestría debida a tan vieja experiencia; y todo lo que necesitó fue añadirles el ejercicio de aquella muy limitada parte de la autoridad que se había reservado la metrópoli como prenda y testimonio de supremacía. De ahí la rapidez y prosperidad de la marcha de esa nación desde sus primeros pasos, que la presentan al mundo como objeto y asombro de envidia, y que en gran parte no son sino pruebas de la facilidad con que se hacen bien aquellas cosas que por inveterada costumbre se saben hacer”.

“Todo lo contrario debía naturalmente suceder a las nuevas Repúblicas. El aprendizaje que tenían que emprender era universal, porque universal era su ignorancia de las nuevas funciones y deberes que les competía desempeñar en la organización libre que las inclinó a adoptar el espíritu del siglo; y era sobremanera arduo y difícil ese aprendizaje, porque uno de los mayores esfuerzos de la inteligencia humana es conocer y manejar los resortes de la máquina gubernativa, de modo que su acción simultánea encamine a las naciones por la senda de la libertad y del progreso, hacia la cima de la grandeza y gloria señalada por la Providencia. Ni llamar en su auxilio podían a las reminiscencias del pasado, porque en el mecanismo de una monarquía absoluta como la española, nada era dable encontrar que fuese análogo, sino opuesto y pernicioso a nuestras instituciones republicanas. La presencia de tantos y tan variados inconvenientes hacían imposible acometer la empresa de ejecutar de un solo golpe la organización de toda la sociedad.”

Después de transmitirles las palabras del señor Manuel del Río, podemos preguntar, ¿Tuvo o no razón José de San Martín al defender la solución que propuso en las conferencias de Miraflores y Punchauca? Que cada uno de Uds. de la respuesta que su conciencia les dicte.

Muchas gracias,

GUSTAVO PONS MUZZO